

§. XI.

## Conclusion de todo lo dicho.

Comencémos pues agora à filosofar sobre esta doctrina. Siendo tan soberanas y tan incomprehensibles las grandezas de nuestro Señor Dios, como avemos visto, y siendo tantos y tales sus beneficios, y tanta la dependencia que nuestro ser y vida tiene dél, siguese que ninguna cosa se puede imaginar mas obligatoria, mas justa, mas debida, mas necesaria, mas importante, mas honesta, y mas excelente, que servir, honrar, amar, reverenciar, alabar, y adorar à este Señor. Y esta obligacion es tan grande, que todas las que tenemos à los padres, amigos, y bienhechores, ò à los Reyes y Principes de la tierra, ò à qualquier otra excelente persona, ayuntadas en uno no se llaman obligaciones comparadas con esta; assi como todas las excellencias y perfecciones dellas comparadas con las divinas, no se llaman perfecciones. Esto se sigue de lo dicho.

Y siguese tambien, que assi como aquel soberano padre está siempre conservandonos y sustentandonos sin cesar un punto deste officio, assi era justo que estuviéssse siempre la criatura ocupada en sus alabanzas y servicio. Y assi como cumplir con esta obligacion es la cosa mas debida y mas justa de quantas ay en el mundo, assi no cumplir con ella, es la mas injusta y la peor del mundo. De donde nace que qualquier offensa hecha contra aquella soberana magestad es de gravedad infinita. Y está clara la razon. Porque notoria cosa es, que quanto una persona es mas alta, tanto es mas grave la injuria hecha contra ella: de tal modo que quantos son los grados de la dignidad de la persona offendida, tantos son los de la offensa cometida contra ella. De donde se infiere, que pues la magestad de Dios es infinita, tambien lo sea la

gravedad de la culpa cometida contra ella. Y verdaderamente assi lo es, y como à tal le corresponde en la otra vida pena infinita, assi porque priva al hombre de un bien infinito, que es Dios, como porque ha de durar por espacio infinito, que es para siempre mientras Dios fuere Dios.

Pues siendo esto assi, qué lagrimas, qué sentimiento, qué palabras bastarán para explicar tan grande mal como es vér la facilidad de los que todo esto creen y confíessan, en offender este tan grande Señor, y provocar à ira los ojos de su magestad? Qué ceguedad es esta? Qué pasmo? Qué embaymiento, con que el demonio ha trastornado los corazones de los hombres, para que no conozcan este tan grande mal? Cómo se olvidan de aquel que los trae siempre en sus brazos, cuyo es el ayre con que respiran, cuya es la tierra que los sustenta, y la mar que los mantiene, y el sol que los alumbrá, y los otros elementos que los sirven, y los Angeles que los guardan? Cómo ossan offender aquella immensa y infinita magestad, cuya offensa es de tanta gravedad, quanta es la grandeza de su ser? Cómo están quasi siempre offendiéndolo à quien siempre los está sustentando y gobernando? Cómo ossan offender à un Señor à quien adoran los principados, y de quien tremen las potestades, y tiemblan las columnas del cielo? Cómo se atreven à offender à quien despues de muerto el cuerpo (a) puede echar el anima en los infernos? Este es aquel espanto por dó comenzó Esaías su prophecía diciéndolo (b): Oye cielo, y oye tú tambien tierra, porque Dios ha hablado. Hijos (dice él) he criado y ensalzado, y ellos me han menospreciado. Conoció el buey à su poseedor, y el asno al pesebre de su Señor, mas Israel no me ha conocido, ni mi pueblo ha entendido. Ay de la gente peccadora, y del pueblo cargado de maldades, si-

(a) Matth. 10. (b) Isai. 1.

mente mala, y hijos perversos! Desampararon al Señor, blasphemaron del Sancto, enagenaronse dél, y volvieron atrás. Este olvido y menosprecio de Dios ovo en aquel pueblo, y este vemos en millares de Christianos en este tiempo. Y por esto no me maravillo que nos azote aquel justo juez con tantas maneras de calamidades, con tantas hambres, y pestilencias, y mortandades, y guerras, y levantamientos de gentes, y lo que peor es, con tanta infinidad de heregias, con que está amañada tan gran parte de la Christianidad, y sobre todo esto con aver permitido el que tantos reynos y naciones de Christianos (donde un tiempo tanto floreció la fé y culto de Dios) estén agora ocupadas, y avassalladas, y tyranizadas de cruelissimos infieles. Porque (como Dios sea justo) assi como en todas partes crecen los peccados, assi al mismo passo se multiplican los azotes. Entre los quales el mayor es, no conocer por los azotes la ira del que nos azota, ni entender que esto viene por peccados, ni aver por esso mas enmienda dellos. Esto declara que ay espiritus malos, enemigos del genero humano, engañadores y trastornadores de los corazones. Y esto tambien nos es indicio de la ira divina: la qual por sus secretos juicios permite este tan extraño pasmo y ceguedad en los hombres, para que teniendo ojos no vean, y oídos no oygan, y corazon no entiendan (a), y teniendo fé y juicio no se aprovechen de lo uno ni de lo otro: y viendo cada día morir los hombres, no se acuerden que son mortales, y siendo tan agudos para los negocios del mundo, y tan sensibles para sus agravios, sean tan insensibles para las llagas mortales de sus animas.

Pues assi como por lo dicho entendemos quan grande mal sea offender à aquella soberana magestad: assi tambien entendemos quan necesaria sea la verdadera religion: la qual aborrecidos

y abominados todos los peccados se emplea en servir y honrar al mismo Dios. Porque segun reglas de philosophia, quanto una cosa es mas mala, tanto su contraria es mas buena: y pues tan grande mal es offender à Dios, por aqui se entenderá quàn grande bien sea honrarle y servirle, que es officio proprio de la verdadera religion. A la qual nos incitan no solo las leyes divinas y humanas, mas tambien la misma naturaleza, como nos lo muestran todas las naciones del mundo, entre las quales ninguna ay tan barbara, ni tan fiera, que no tenga algun conocimiento de Dios, y no le ofrezca alguna manera de culto, y reverencia, aunque no sepa qual sea el verdadero Dios. De lo qual se infiere, que necessariamente ha de aver en el mundo alguna verdadera religion, con que el verdadero Dios sea debida y sanctamente honrado y venerado. Porque de otra manera vana seria esta inclinacion natural si faltasse esta religion. Esta es pues la summa y la conclusion de la primera parte deste libro, à la qual se ordena todo quanto en él se escribe.

Porque por esso avemos tratado en él tan à la larga de las grandezas y perfecciones de Dios, y de la muchedumbre de sus beneficios (segun que resplandescen en todas las criaturas) para que claramente se vea la obligacion que tenemos à venerar y reverenciar esta tan grande magestad, y bondad, que es officio proprio de la religion.

Resta agora inquirir, qual sea la verdadera religion y culto con que él aya de ser honrado. Porque se han visto en el mundo muchas maneras de ceremonias con que los hombres ciegos han pretendido honrar à los que tenían por dioses. De las quales unas eran superstitiosas, otras vanas que ninguna virtud tenían, otras sangrientas, en que sacrificaban hombres, otras torpes y desonestas, en que prostituían las virgines

por honra de la Diosa Venus, otras desvergonzadissimas, como las que hazian à la Diosa Flora, y al Dios Priapo (de que se haze mencion en la Sancta Escripura) (a) y otras desvariadas y locas, como las que se hazian al Dios Bacho, emborrachandose los hombres, y haziendo mil insultos y locuras. Pues qué podemos decir de todas estas maneras de religiones, sino que eran tales quales los dioses que por ellas eran venerados, que eran los demonios: y de tales dioses, qué otras religiones se podian esperar?

Y que estas religiones sean falsas, y indignas de Dios, muestrese claramente por esta razon. Porque la verdadera religion ha de ser con obras que agraden y honren à Dios, y ninguna cosa de quantas ay en el mundo le agrada, sino sentir altamente de sus grandezas y perfecciones, y imitarle en la sanctidad y pureza de vida: porque esta haze al hombre semejante à Dios, que es la mis-

ma sanctidad y pureza. Y pues la semejanza es causa de amor, siguese que los que esta sanctidad y pureza de vida tuvieren, serán los que mas le agradarán y honrarán. De donde tambien se infiere, que sola la religion Christiana es la verdadera; pues ella es la que mas altamente siente de las grandezas de Dios, y de sus divinas perfecciones, y la que mayor sanctidad y pureza de vida professá y enseña. Y demás desto mostrémos aqui, que todas las condiciones que ha de tener la verdadera religion, en sola ella se hallan con tanta perfection, que no se puede imaginar otra mayor. Lo qual declararemos manifestamente en la segunda parte que se sigue. Y en esto se verá, como esta primera parte se ordena à la segunda. Mas porque en esta segunda parte se trata de las excellencias de la fé y religion Christiana, antes que tratemos dellas será necessario declarar, qué cosa sea Fé, y de dos maneras que ay de Fé.

*Fin de la primera parte.*

SEGUNDA PARTE  
DE LA INTRODUCCION  
DEL SYMBOLO DE LA FÉ,

EN LA QUAL SE TRATA DE LAS EXCELENCIAS  
de nuestra sanctissima Fé y Religion Christiana.

*Testimonia tua credibilia facta sunt nimis. Psalm. 92.*

*Deus autem spei repleat vos omni gaudio, & pace in credendo. Rom. 15.*

CAPITULO PRIMERO.

*Que no pueden los hombres vivir sin Fé: y de dos maneras de Fé; una adquisita, y otra infusa.*

Esta es (dice el Salvador hablando con su Eterno Padre) la vida eterna (a), que conocen à tí solo verdadero Dios, y à Jesu Christo que tú embiaste al mundo. Esta breve senténcia es como un summario de toda la Philosophia Christiana. Mas es aqui de saber, que las dos principales obras por donde venimos en conocimiento assi del Padre, como del Hijo, son la obra de la creacion del mundo, y de la Redempcion del genero humano. Las quales dos obras son los principales articulos de nuestra fé, y los principales fundamentos de toda la doctrina Christiana, para cuyo conocimiento se ordena toda la presente escriptura. Mas porque el conocimiento destas dos obras ha de ser por fé (porque deste habla el Salvador) será necesario tratar primero de la fé que tambien es el primer fundamento desta doctrina: y assi ella es la primera palabra del Symbolo de la fé, que comienza, CREO.

Mas antes que tratemos de la fé, será necesario declarar primero como en esta vida no podemos vivir sin alguna manera de fé, que es creer muchas co-

sas sin averlas visto, ni sabido la razon dellas. Lo qual testifica Sant Augustin en el libro sexto de sus Confesiones (b), declarando el estado miserable en que su anima estaba antes que recibiesse la fé, por estas palabras: Assi como el que cayó en manos de algun mal medico, no se ossa far ni aun del bueno: assi mi anima, que tantos malos medicos y maestros avia experimentado, no se osaba entregar al bueno, que mediante la fé la avia de sanar. Mas tú señor: con tu mano mansissima y clementissima, poco à poco comenzaste à tratar y componer mi corazon, haziendome que considerasse quantas cosas creía, que no avia visto, ni halladome presente quando se hazian: como son muchas cosas que hallamos escritas en las historias de los Gentiles: y muchas de los lugares y ciudades que yo no avia visto: y muchas otras, en las quales daba credito à los amigos, y à los medicos, y à unos y à otros hombres: las quales cosas si no fuessem creadas, no se podria gobernar la vida humana. Y sobre todo esto por quan cierto tenia, quien eran los padres que me engendraron: lo qual no podia yo saber,

Tom. IV.

(a) Joan. 17. (b) August. cap. 4. & 5.

Bb 2 si-

sino oyendolo à otros. Con estas cosas señor me persuadiste, no solamente que diesses credito à las Sanctas Escrituras, las quales fundaste con tanta autoridad en todas las gentes, mas aun que tuviesse por muy culpados à los que no las creyessen. Y por tanto como yo fuesse insuficiente y flaco para hallar la verdad con manifesta razon, y por esta causa tuviesse necesidad de la autoridad y testimonio de las letras sagradas, comencé luego à creer que no era possible que tú diesses tan grande dignidad à estas letras en el mundo, sino porque mediante ellas querias ser creído, y por ellas buscado. Hasta aqui son palabras de Sant Augustin.

Presupuesto pues yá este fundamento, que no se puede passar esta vida sin alguna manera de fé, decenderémos à tratar en particular de la fé Christiana. Para lo qual será necessario declarar qué cosa sea fé, y quantas maneras ay de fé.

Pues para lo primero es de saber, que ay dos maneras de fé: una que llaman adquisita, y otra infusa. La adquisita es la que se adquiere por muchos actos de creer: qual es la que tiene el Moro, ò el herege, que por la costumbre que tiene de dár credito à sus errores, viene à afirmar tanto en ellos, que apenas ay medio para desquiciarle de lo que tantas vezes tiene aprehendido. Mas fé infusa es la que el Spiritu Sancto infunde en el anima del Christiano: lo qual comunmente se haze en el Sancto Baptismo: donde juntamente con la gracia se infunde la fé, y con ella todas las virtudes que de la gracia proceden. Esta es una espeçial y sobrenatural lumbré del Spiritu Sancto infundida en el entendimiento del Christiano: la qual lo inclina efficacissimamente à creer lo que la Iglesia le propone, sin vér la razon en que se funda. Porque lo que uviera de obrar la razon si la uviera, esso mismo obra por mas excellente manera aquella invisible lum-

bre del Spiritu Sancto. Lo qual se vee en la constancia de los Sanctos Martyres, y particularmente en muchas mugericas simples, y mozos de poca edad: los quales sin saber los fundamentos y razones de nuestra fé estaban tan firmes en ella, que se dexaban martyrizar y despedazar por la verdad y confession della. Pues esta tan grande certidumbre y firmeza que tenian, obraba en ellos esta lumbré de fé que decimos.

Mas es de saber, que con tener la fé esta firmeza y certidumbre infalible (porque se funda en la primera verdad, que es Dios: el qual nos reveló todo lo que creemos) con todo esso no tiene claridad y prueba de razon: porque es de cosas que sobrepujan toda razon: como es el mysterio de la sanctissima Trinidad (a), y de la Encarnacion del hijo de Dios, con todos los otros articulos de la fé, que nuestro señor Dios tuvo por bien revelarnos, sin la qual no era possible, que la razon humana los pudiesse comprender. Y por esto dice el Apostol (b), que la fé es de las cosas que no se veen: esto es, de las que no se alcanzan por sola razon, sino por revelacion de Dios. Y en subjectarse el entendimiento à que crea por fé, lo que no alcanza por razon, está el merecimiento della. Lo qual declara el mismo Apostol por exemplo de Abrahám: al qual siendo de edad de cien años, y su muger Sara de noventa, y esteril, prometió Dios que daria un hijo (c): lo qual por via de naturaleza era imposible. Mas el Sancto Patriarcha, aunque no veía razon para esperar tal fruto, creyó fielmente la palabra de Dios. Y fuele esta fé reputada, y contada por merecimiento y obra de justicia: y assi lo será à todos los que con semejante fé y devocion creyeren lo que Dios nos ha revelado: de tal modo que quanto la cosa que se nos propone fuere mas remontada, y encumbrada sobre toda razon, tanto será mayor el merecimiento de la fé. En la qual di-

ce Sant Chrysostomo (a), que ha de estar el siervo de Dios tan constante, que aunque le parezca aver contrariedad en las cosas que Dios dice, no por esso las ha de dexar de creer. Y pone por exemplo la fé deste mismo Patriarcha (b): (al qual aviendo Dios prometido que de su hijo Isaac naceria gran numero de gentes) (c) mandó que lo sacrificasse, antes que el mozo tuviesse hijos. Pues qué cosa pudiera ser à juicio humano mas contraria una à otra? Pero ni aun por esso el sancto varon perdió la fé de la promessa divina: creyendo que despues de muerto el hijo, Dios lo resucitaria para que se cumpliesse su promessa.

Pues para todos los mysterios de nuestra fé basta la autoridad de Dios, que es el autor della, sin procurar mas razon. Pythagoras (como refiere Valerio Maximo) era tenido de sus discipulos en tanta veneracion, que tenian por grande culpa poner en disputa las cosas que dél avian aprendido. Y si alguno los obligaba à dár razon de lo que defendian, no daban otra mas que la autoridad de su maestro, diciendo: El lo dice. Y otros añaden, que este estilo conservaban por espacio de siete años, segun el numero de las siete artes liberales: porque yá entonces les era licito disputar. Pues si esta reverencia se tenia à un Philosopho, quanto mas se debe tener à aquella primera y summa verdad, para no querer escudriñar curiosamente los secretos de la fé que él nos enseñó? Lo qual quiso él figurar, mandando en la ley (d) que quando los Sacerdotes, ò Levitas embolviessen las alhajas del Sanctuario para mudarse de un lugar à otro, no las mirassen con curiosidad antes que las embolviessen; porque haziendo lo contrario moririan por ello. En otras cosas que vedaba decia (e): Porque por ventura no mueran los que lo contrario hizieren: mas aqui resolutamente dice, que moririan. Lo qual à costa suya experimentaron los

Bethsamitas (f): porque llegando el Arca del Testamento de la tierra de los Philisteos à la suya, quisieron mirar con atrevida curiosidad lo que en ella avia, por el qual peccado mató Dios gran numero dellos. Esto pues nos sea escarmiento, para no dár lugar à que en nuestras animas aya alguna curiosidad, queriendo escudriñar con razon humana las cosas que están sobre toda razon. Porque donde Dios habla, avemos de humillarnos, y abaxar las alas de nuestro entendimiento, como lo hazian aquellos sanctos animales de Ezechiel (g) quando sonaba la voz del cielo.

Mas no piense nadie, que por ser las cosas que creemos sobre toda razon, nos movemos livianamente y sin fundamento à creerlas. Porque muy bien se compadece ser las cosas que creemos sobre razon, y ser muy conforme à razon que las creamos, quando vemos la verdad dellas confirmada con algun milagro, ò cosa equivalente. Porque los que creyeron en Christo nuestro señor, quando le vieron resucitar à Lazaro, justissima causa tuvieron para creer. Y la misma tuvo Nicodemus, viendo los milagros que el Salvador hazia. Porque como los milagros sean obra de solo Dios, quando se hazen en testimonio de alguna verdad, Dios es el testigo della: cuyo testimonio es infalible. Pues la fé y la religion Christiana está aprobada y confirmada con tan grande lluvia de milagros, y lo que mas es, con la verificacion y cumplimiento de tan claras y evidentes Prophecias, y con otros testimonios, assi de innumerables Martyres, como de doctissimos y sanctissimos varones, que pudo con mucha razon decir Ricardo de Sant Victor; Pluguiessen à Dios, que mirassen los Judios y los Paganos, con quanta seguridad podemos los Christianos presentarnos en el juicio divino. No os parece que podríamos confiadamente decir: Señor si es engaño lo que creemos, vos sois la cau-

sa

(a) D. Thom. 3. dist. 23. quest. 2. art. 4. quest. 1. ad 3. (b) Hebr. 11. (c) Genes. 15.

(a) In c. Gen. 22. Hom. 47. 1. 1. (b) Ubi sup. (c) Gen. 22. (d) N. 4. (e) Exod. 19. 30. 33. (f) 1. Reg. 6. (g) Ezech. 1.

## CAPITULO II.

*De la division de la Fé, en Fé formada y informe, que es con charidad, y sin charidad, y de las excellencias, y propiedades de la Fé.*

sa dél. Porque por tales señales y prodigios fueron testificadas y probadas las cosas que creemos, que era imposible ser hechas, sino por vos. Assi que por estas causas no se puede decir, que ligera ò livianamente creemos; sino con gravissimos fundamentos. Por lo qual dicen muy bien los Theologos, que la verdad de los mystérios de nuestra fé no es clara y evidente (pues la fé es de las cosas que no se veen) mas es cosa clara y evidente que deben ser creídos.

Tambien es aqui de advertir, que esta fé infusa de que hablamos, no quiere Dios que se pierda por qualquier pecado mortal, si no es contrario à la misma fé: como es heregía, ò apostasia. Porque como la fé sea fundamento de todo el edificio espiritual: assi como derribada la casa todavia quedan los cimientos enteros: assi derribado el edificio espiritual de las virtudes por el pecado mortal, todavia queda el fundamento de la fé entero, y junto con él la esperanza compañera de la fé, aunque quedan informes: que es sin la vida y perfeccion que la charidad les dá. Mas aqui tambien es de notar, que la mas firme y segura guarda que tiene la fé, es la pureza de la vida, y la buena consciencia. Porque como la fé mueva los hombres à bien vivir, si la tenemos ociosa, y no la empleamos en esto, viene à ser della lo que se suele decir del cavallo que se manca en la cavalleriza, y del hierro que si no se usa se cubre de orin, y él mismo se consume. Porque por la culpa que cometemos en no querer aprovecharnos desta lumbré del cielo, ni querer granrear con este talento que el señor nos entregó, permite él que vengamos à caer en alguna ceguera, con que perdamos este grande beneficio. Por lo qual nos aconseja el Apostol (a) que juntémos con la fé la buena consciencia: porque por falta della muchos vinieron à perderla.

(a) 1. Tim. 1. (b) D. Bernard. Sermon. 2. Resurrex. Domini in princ. (c) 1. Cor. 13. (d) Luc. 13. (e) Matth. 7. (f) Matth. 18.

dad destes pequeñuelos. Y lo mismo haze en todas las otras cosas que Dios nos manda, conformando la vida con lo que ella enseña. Tal fue la fé de aquellos que oyeron la predicacion de Sant Pedro: los quales renunciaron todas las cosas que tenían, y pusieron el precio dellas à los pies de los Apostoles (a). Y tal fue tambien la de los Ninivitas: porque de tal manera creyeron lo que el Propheta Jonás predicaba (b), que se convirtieron à Dios, y desistieron de sus malas obras. De manera que bien mirado, la fé es como maestro y ayo que nos enseña la manera del vivir. La fé es una candela resplandeciente, que alumbra nuestros entendimientos, y nos dá conocimiento de la verdad. La fé es medico que nos enseña las medicinas con que avemos de curar las dolencias de nuestras animas. La fé es nuestro legislador que nos dá leyes de bien vivir, y la que instituye nuestra vida con mandamientos saludables. La fé es como Architecto, y maestro principal del edificio espiritual, el qual declara à los otros officiales lo que cada uno ha de hazer en su officio. La fé es sol de nuestra vida, el qual esclarece las tinieblas de los mortales, enseñándoles adónde y por dónde han de caminar.

La fé son aquellos ojos (que como dice Salomón) (c) están en la cabeza del Sabio, los quales rigen y enderezan los passos de la vida. La fé es como un adalid que vá delante de nosotros descubriendonos las celadas de los enemigos, y guiandonos por camino seguro. La fé es alas de la oracion, con las quales sube hasta la presencia de Dios, y alcanza dél lo que pide; pues dice el Señor. (d): Qualquier cosa que pidieredes en la oracion, creed que la alcanzaréis, y daroséos há. Y sobre todos estos titulos y excellencias, dice Sant Bernardo (e) que no ay cosa escondida à la fé. Qué cosa ay (dice él) que no alcance la fé? La fé no

sabe qué cosa es falsedad, entiende lo que la razon no alcanza, comprehende las cosas oscuras, abraza las immensas, entiende las futuras, traspassa los fines de la razon humana, y los terminos de la experiencia, y el uso de la naturaleza, y finalmente ella es la que en su anchissimo seno encierra en su manera toda la eternidad. Lo dicho es de Sant Bernardo.

La fé otrosi es (como dice Sant Juan) (f) la victoria que vence el mundo. Esta es la que (segun Sant Pablo) (g) justifica las animas; porque es la raíz y fundamento de todas las virtudes que se requieren para nuestra justificacion: y (como él mismo dice en otro lugar) (h) por esta fé los sanctos vencieron los Reyes, obraron justicia, alcanzaron el cumplimiento de las promesas divinas, cerraron las bocas de los leones, apagaron las llamas del fuego, pusieron en huída las hazes de los enemigos, hizieron fuertes en las batallas, destruyeron los reales de los contrarios, y restituyeron à sus madres los hijos muertos. Y esta es (como el mismo Apostol dice) (i) la fé que tuvieron todos los sanctos Patriarchas dende el principio del mundo, y por ella rigieron todos los passos de su vida, fiandose de las palabras y promessas de Dios, creyendo lo que no veían, y esperando lo que no poseían, levantandose sobre toda la facultad de la razon humana, y gobernandose por esta luz de la palabra divina. Lo qual es vivir por fé, como viven todos los justos segun el Propheta dice (k). Porque la fé es para ellos el norte por donde navegan, y la carta de marear por donde se rigen. Y segun esto, la fé levanta al hombre à otro estado mas alto, que el que tiene por naturaleza. Porque recibiendo en sí la lumbré del Spiritu Sancto, yá tiene dentro de sí una cosa mas que humana, y comienza à entrar en la region y orden de las cosas divinas.

Pues siendo tantas y tan grandes las

(a) Abuum 4. (b) Jonás 3. (c) Eccl. 2. (d) Marc. 11. (e) Sup. Cant. serm. 28. in med. (f) 1. Joan. 5. (g) Rom. 3. & 5. Galat. 2. (h) Heb. 11. (i) Ubi sup. (k) Abuc. 2.

excellencias de la fé, síguese que uno de los principales estudios del buen Christiano ha de ser; trabajar todo lo posible, por perfeccionar y acrecentar esta fé. Porque assi como la claridad, y la esperanza, y todas las otras virtudes crecen con el uso y exercicio dellas; y con el mérito de las buenas obras, assi tambien crece la fé.

Y es aqui de notar, que no solamente la charidad, mas tambien el dón del entendimiento (que es uno de los siete Dones del Spiritu Sancto) esclarece y perfecciona grandemente la fé. Y quanto el hombre mas participa deste dón del entendimiento, tanto crece con mayor claridad, despidiendo poco à poco de sí mucha parte de la escuridad que está annexa à la fé. Y esto à vezes en tanto grado, que à algunos que tienen la fé muy confirmada y ilustrada con este dón, parece que ya no tienen fé, sino otra lumbré mas clara que ella. Mas no es assi, sino que aquella misma fé que tenían, está mas esclarecida con este sudichido dón del entendimiento: que es como otra forma de essa misma fé. Y este dón se ayuda mucho con la doctrina de las cosas de la fé: la qual declara la hermosura y excellencia de la fé, y la conveniencia y consonancia suavissima de sus mysterios. Y por esta humilde inquisición y estudio de la verdad, merece el hombre que el Spiritu Sancto (a) acreciente en él assi la lumbré de la fé, como este dón del entendimiento, cuyo officio es penetrar la verdad y conveniencia de los mysterios que creemos. Y quanto mas los penetra, tanto mas firmemente los cree, y tanto mas se mueve à obrar y conformar con ellos su vida. Y como entre estos mysterios el de la encarnación y passion del Salvador, y la pena y gloria que está por Dios señalada para buenos y malos, sean motivos efficacissimos para movernos al amor y temor de Dios, y à la guarda de sus mandamientos, síguese que quanto mas fir-

me y mas palpablemente (si decir se puede) cree el hombre estas cosas, tanto con mayor eficacia se mueve à lo dicho. Y en este sentido se declara tambien aquella sentença del Propheta (b), que poco antes alegamos. La qual dice, que el justo vive por fé: porque con la consideración y fé destes tan grandes motivos que tenemos para bien vivir, ordenamos mas religiosamente nuestra vida. De donde se sigue, que quanto mas crecida fuere la fé, tanto serán mayores los estímulos que tendremos para caminar por este camino del cielo.

De lo qual todo se concluye, que assi como el hortelano emplea toda su diligencia en cultivar la raíz de los arboles (porque esto hecho, el beneficio de la raíz redundará luego en todas las ramas que della proceden) assi uno de los principales cuidados del buen Christiano ha de ser cultivar esta raíz de todas las virtudes, que es la fé; porque estando ella bien labrada, y cultivada, y las ramas de las virtudes crecerán, y fructificarán mas abundantemente.

Pues para esto servirá en mucha parte la doctrina deste libro, que es como preambulo, y introducción del Symbolo de la fé, que contiene los articulos, y mysterios della. Mas aqui no se trata de probar la fé por razones (pues ella no se funda en razones humanas, sino en la lumbré del Spiritu Sancto, como ya diximos) sino solamente procuramos declarar las excellencias de la fé, assi para conseguir los efectos susodichos della, como para que el Christiano vea la hermosura y alteza de la fé que professa, y juntamente trabaje por aprovecharse deste talento, y dár à Dios gracias por este beneficio (que à tantas naciones se ha negado) para que con este agradescimiento, y con el buen uso del beneficio, merezca que Dios se lo conserve y acreciente, en tiempo que tantos naufragios ha padescido oy día la fé.

## CAPITULO III.

De la primera excellencia de la doctrina de nuestra fé, que es aver sido enseñada, y revelada por Dios. Lo qual se entiendo por los grandes errores de los Philosophos, mayormente averca del ultimo fin del hombre.

La primera dignidad y excellencia que ha de tener la doctrina de la verdadera fé, es que ha de ser dada y enseñada por Dios. Porque como la fé sea fundamento de todo el edificio espiritual, y el fundamento aya de ser fijo y firme (porque de otra manera todo lo que sobre él se edificare se arruinará) esta firmeza no se puede alcanzar, ni por la lumbré de la razón humana, ni por la doctrina y estudio de la Philosophia. Y que la lumbré de la razón no baste para esto, veese claro por la infinidad de sectas, y de dioses que avia en el mundo antes de la predicación del Evangelio, como adelante veremos. Lo qual todo duró por millares de años, sin que el tiempo (que todas las cosas descubre) fuesse parte para desengañar los hombres; y sacar los de tan pestilenciales errores. Pues por esta experiencia se ve, qué insuficiente sea por sí sola la razón humana para el conocimiento de las cosas divinas, y de la verdadera religion.

Tampoco la razón ayudada con los estudios de la Philosophia era bastante para esto. Lo qual se ve por la infinita variedad y contradicción que los Philosophos tuvieron en sus doctrinas. Lo qual quien quisiere ver, lea el primer libro que Tullio escribió de la naturaleza de los dioses, y otro que Plutarcus escribió de las opiniones diversas que los Philosophos tuvieron en todas las materias que trataron; Sant Augustin (a) en el decimo octavo libro de la ciudad de Dios refiere algo desta variedad, y assi dice, que entre los Philosophos, unos avia que afirmaban no aver mas

que un solo mundo: otros decían que avia innumerables: y deste mundo unos decían que tuvo principio: otros que fue ab eterno y sin principio: otros que se avia de acabar: otros que avia de durar para siempre: unos afirmaban gobernarse por la providencia divina, y otros que todo se hazia acaso. Unos decían que nuestras animas eran immortales; otros mortales: y los que decían que eran immortales, afirmaban convertirse en animas de bestias: mas otros defendían lo contrario. Y los que las tenían por mortales, unos afirmaban que juntamente con el cuerpo acababan, otros que vivían un poco después de la muerte del cuerpo, mas no siempre. Unos ponían el fin de nuestra bienaventuranza en el cuerpo, otros en el anima, otros en ambas partes: y otros añadían à los bienes del cuerpo y del anima, los bienes temporales. Unos decían que aviamos siempre de creer à lo que nos muestran los sentidos, y otros que no siempre, y otros que nunca. Finalmente tanta era la contradicción que avia entre ellos, que se levantó al cabo otra nueva secta de los Philosophos que llamaban Academicos nuevos: los cuales, vista la cortedad y rudeza del entendimiento humano, decían que nada se podía saber averiguadamente, sino con alguna verisimilitud y apariencia: y assi su officio era probar con razones la una parte, y la otra su contraria, y dexar la cosa indeterminada. Por la qual causa dice Theodoretus en el libro primero de la providencia, que no hay necesidad de confutar estas opiniones de Philosophos; porque ellas mismas con su contrariedad se deshazzen unas à otras: pues la verdad no es mas que una sola; mas las falsedades, que se desvian del blanco de la verdad, pueden ser infinitas.

Mas allende lo dicho la cosa que mas claramente prueba la insuficiencia de la Philosophia, para dár reglas de bien vivir, es la ignorancia que los Phi-

(a) D. Thom. 1. 2. q. 68. art. 2. in corp. (b) Alac. 2. 2. v. 2. g. 1. 2.

(a) Cap. 41.

Los philosophos tuvieron del ultimo fin del hombre. Para cuyo entendimiento es de saber que todos los hombres que son, fueron, y serán, nacen con un appetito y deseo natural de llegar à un estado, en el qual vivan tan abastados y llenos de todos los bienes, que no les quede cosa que desear: y assi cesse la rueda viva de nuestro appetito; el qual siempre padece una hambre canina, deseando mas de lo que tiene para llegar à este estado. El qual llamaban felicidad, bienaventuranza, summo bien del hombre, y su ultimo fin. Y no dudaban ser posible llegar à tal estado: pues no era razon que el autor de la naturaleza imprimiesse en nuestros corazones appetito y deseo natural de cosa imposible: pues es cierto, que ninguna cosa haze de valde, y sin proposito. Convencidos pues, los Philosophos por esta razon, todo su estudio y diligencia pusieron en trabajar por saber en qué genero de bienes consistia esta felicidad, y ultimo fin: por entender que no podian ordenar bien su vida, sino entendido el fin à que se ordenaba. Cá en las cosas que se ordenan para algun fin, la regla de lo que se ha de hazer, se toma del mismo fin. Desta manera el que ha de navegar, primero ha de saber el puerto que quiere tomar, para que conforme à él enderece su camino. Y el medico que ha de curar un enfermo, primero ha de saber la calidad y nombre de la dolencia, para que conforme à ella applique las medicinas. Pues segun esto, para enderezar bien la vida del hombre es necessario saber primero el ultimo fin del hombre, para que conforme à él se enderecen todos los passos della. Y por esta causa Aristoteles, queriendo en el libro de sus Ethicas dár à los hombres reglas y orden de bien vivir, trató primero del ultimo fin del hombre: porque de aqui avia de tomar el tino para acertar à darle avisos, y reglas, y orden de vida por la qual lo avia de alcanzar.

*De los errores de los Philosophos acerca del ultimo fin.*

**P**ues entendiendo esto los Philosophos que professaban ser maestros de bien vivir, todo su estudio pusieron (como diximos) en querer saber en qué linage de bienes consistia este fin. En lo qual anduvieron tan desvariados, que Marco Varron (a) (segun refiere y declara Sant Augustin en el libro decimono de la ciudad de Dios) cuenta docientas y ochenta opiniones diversas, en que unos y otros ponian este ultimo fin. Lo qual no pareciera cosa creíble, si no lo dixerá un hombre de tanta autoridad. Este mismo Marco Varron (b) (que assi entre autores Griegos como Latinos fue muy affamado) quiso tambien determinar; en qué linage de bienes consistia esta tan deseada felicidad. Para lo qual presupone, que el hombre ni es el anima sola, ni el cuerpo solo, sino cuerpo y anima juntamente. Y segun esto, pone esta felicidad en la possession de los bienes del cuerpo y del anima juntamente. Y como en el anima aya dos partes principales, que son entendimiento y voluntad; en el entendimiento quiere que aya perfecta sabiduria (porque esta es su proprio bien) y en la voluntad quiere que aya consummada virtud, domadas yá y mortificadas las pasiones que le hazen la guerra. Mas en el cuerpo pone salud, fuerzas, buena disposicion, y buena complexion. Y à estas cosas añade Aristoteles conveniente porcion de bienes temporales, de que se sirva la virtud. De donde se sigue que este bienaventurado que ellos pintan, junto con la possession de todos los bienes, ha de tener una bula de general exemption de todos los males; y miserias desta vida; pues estos por una parte inquietan el anima, y por otra perjudican à los bienes del cuerpo, que tambien se requieren para esta bienaventuranza.

(a) Cap. 1. (b) Lib. ut supr. cap. 3.

Despues de aver referido Sant Augustin la opinion deste Philosopho (a), escarnece de tan grande desvario, como era poner bienaventuranza en una vida cercada por tantas partes de mil cuentos de miserias y calamidades, como cada hora experimentamos todos los hijos de Adám, sobre cuyos hombros se cargó este yugo tan pesado. Porque si esta bienaventuranza consiste en la possession de todos estos bienes del cuerpo y del anima, y en la exemption destas dos partes del hombre, qué hombre se hallará tan abastado de todos estos bienes, y tan exempto de todos estos males, siendo esta vida un mar de continuos desassosiegos y alteraciones, un valle de lagrimas, una carcel de condenados, donde son muchas mas las miserias del hombre, que los cabellos de su cabeza: donde son tantas las enfermedades del cuerpo, tantos los appetitos y deseos desordenados del anima, tantas las iras y odios que muchos padecen por los agravios que reciben, tantas las invidias y tristezas por los que le pasan delante, tantas las congoxas por no poder alcanzar lo que desean, tantas las lagrimas por las muertes de los deudos y queridos, tantas las injurias y agravios de los malos vecinos, tantas las trayciones y dissimulaciones de los falsos amigos, tantas las injusticias de los malos juezes: donde ay tan poca verdad, tan poca fé, tan poca lealtad: donde la malicia y ambicion reyna, donde la virtud está arrinconada y olvidada, donde ninguna cosa vale mas, ni puede mas que el dinero, donde el hijo à vezes desea la muerte à su padre, y el yerno la de su suegro, y aun el hermano la de su hermano, por venir à ser su heredero? Pues qué diré de la continua guerra de la carne contra el espiritu? Qué de las tentaciones del enemigo? Qué de las batallas crueles y sangrientas, que por mar y por tierra, perturban la paz y sosiego de los mortales? Qué de las assechanzas y falsos testimonios.

Tom. IV.

nios, y pleytos injustos que nos levantan los hombres perversos? Qué de la tyrannía y sobervia de los poderosos? Qué de las lagrimas y opresiones de los que poco pueden? Lo qual Salomón (b) tenia por tan grande mal, que por esto alababa mas à los muertos que à los vivos, y que tenia por mas dichoso al que no avia nacido, ni visto los males que pasan debaxo del sol. Pues yá los desastres y acaescimientos nunca pensados, los naufragios, los incendios, los robos, las carceles, los partos revezados y monstruosos, las enfermedades de los niños, la locura y furia de los mancebos, la flaqueza y males de los viejos, y las pobreza y falta de lo necessario que generalmente padecen los hombres miserables, quién las contará? Tal es finalmente esta vida, que el Sancto Job (c) (como hombre tan experimentado en las miserias della) dice ser toda ella batalla, ò tentacion. Cuyas miserias à vezes llegan à tal extremo, que muchos escogen por remedio tomar la muerte con sus proprias manos, por librarse dellas. Pues quién será tan ciego, que en tal manera de vida piense que se podrá hallar bienaventuranza, donde tanta infinidad de miserias ay que la aguen y encuentren? Las quales no solo nos dán este desengañio, mas tambien nos avisan que no podemos navegar por este mar tan alterado y tempestuoso, sin llevar à Dios por governador: el qual consintió que fuesse tal, porque nuestras mismas necesidades y miserias nos llevassen à él, y nos declarassen que no podiamos navegar seguros entre tantos baxos, sino llevando él el governalle de nuestra vida, y librandonos dellos, ò dandonos virtud y fortaleza para no peligrar en ellos: pues (como Sant Gregorio dice) (d) mejor libra quando dá paciencia.

Y tornando al proposito, si demás de lo dicho se requiere para esta felicidad cumplida sabiduria, cuántos años, y cuánto estudio es necessario para al-

Cc 2

can-

(a) Eod. lib. cap. 4. (b) Eccl. 4. (c) Job 7. (d) Lib. 26. Moral. cap. 16. 17. &c.

canzarla, pues dixo Platón que eran dichosos aquellos que avian llegado à ser sabios, aun en la vejez. Y si junto con la sabiduria se requiere perfecta virtud, y para esta es necesario tener domadas y mortificadas las passiones, quién será tan dichoso que sin el socorro de la divina gracia pueda llegar aqui? Pues si juntamente con estas dos perfecciones tan dificultosas de hallar, pedian tantas otras para el bien del cuerpo (como ya diximos) quando, ò dónde se podrán todas estas cosas juntas hallar? Porque por esto dixo Tullio (a), que apenas en cada una de las edades de los hombres se hallaba un Orador tolerable, por ser muchas las cosas que se requerian para ser uno perfecto Orador, las quales por maravilla se hallaban en una persona. Pues si estas habilidades eran tan dificultosas de juntar, quanto mas lo serán las que se requieren para hazer un hombre bienaventurado: de las quales una sola que le falte, basta para escurecer toda su felicidad? Porque mas parte es esta sola para hazerle miserable, que todas las otras juntas para hazerle feliz. Esto mostró à la clara aquel gran privado del Rey Assuero Amán (b): el qual siendo uno de los mas bien affortunados hombres del mundo, confessó que con toda su privanza y riquezas, le parecia no tener nada, porque Mardocheo no le hazia la reverencia que él queria.

*Inferese que el conocimiento que no pudo dár la philosophia humana se consigue en la Philosophia de Christo.*

**P**ues si tan imposible cosa es hallar se todas estas partes juntas en un hombre, quién será feliz? Y qué mayor inconveniente podia ser que consiguiendo todos los brutos animales ordinariamente sus propios fines; solo el hombre (para quien todo este inferior mundo fue criado) esté tan lexos de poderlo

alcanzar? Mas con todo esto, los Philosophos que assi se engañaron, en parte merecen perdon, y en parte no. Merecen perdon; porque considerando el appetito natural que el hombre tiene de ser bienaventurado, entendian que podian llegar à serlo, (como ya diximos) y no sabiendo ellos nada de la bienaventuranza que esperamos en la otra vida, eran forzados à buscarla en esta. Y viendo los achaques y dolencias que en todos los bienes della avia, unos ponian la felicidad en un linage de bienes, y otros en otros, segun la afficion y gusto de cada uno. Mas por otra parte no merecen perdon; pues apretados con tantas angustias, no pidieron luz à su criador para alcanzar esta verdad tan importante para nuestra vida: sino fiados vanamente de sus ingenios, no solamente creyeron que por sí podian comprehender en qué consistia esta felicidad, mas tambien que por sus fuerzas naturales la podian alcanzar, que era otro desvario no menor.

De todo este discurso tan largo sacamos dos cosas muy dignas de ser sabidas. La una es, que pues el hombre puede alcanzar el estado de la bienaventuranza, de que tiene natural appetito, (y esta no se halla en esta vida) siguese necesariamente que la podrá alcanzar en la otra; porque no sea ocioso y vano esté natural deseo, que Dios en nuestros corazones imprimió. Y el conocimiento desta verdad es de tanta importancia, que lo pone el Apostol (c) por el primer fundamento de la Christianidad, diciendo: que el que se llega à Dios ha de creer que ay Dios, y que es remunerador de los que le sirven. Lo segundo (quanto à nuestro propósito pertenece) de aqui se infiere, que no era suficiente la Philosophia humana, ni para enseñarnos la verdadera religion, y culto de Dios, ni para darnos reglas ciertas de bien vivir: porque pues no pudieron alcanzar qual era el ultimo fin de nuestra

vida, tampoco podian enseñarnos por qué medios aviamos de conseguirlo, pues la razon de los medios se toma del fin, como diximos.

De donde se infiere, que la divina providencia, la qual (como toda la Philosophia confessa) no falta en las cosas necesarias, no era razon que nos faltase en esta necesidad, que es la mayor de todas. Y pues su providencia à ninguno de todos los animales, por pequeños que sean, aunque sea una hormiga, falta, proveyendolos de todas las habilidades necesarias para conservar su vida, cómo avia de faltar à la mas noble de todas estas criaturas en la mayor de todas sus necesidades? Porque cierto es que la cosa mas necesaria al hombre es, saber de la manera que ha de servir y honrar à Dios, y junto con esto conocer el fin para que el mismo Dios lo crió, y los medios por donde lo ha de alcanzar. Y los Philosophos en quien la naturaleza se esmeró, y puso todas sus fuerzas y virtud mas que en los otros hombres, no pudieron alcanzar esta tan importante verdad de que pende el governalle de nuestra vida. Por tanto no era razon que el criador faltase al hombre en esta tan grande necesidad de su anima; pues de tantas cosas le proveyó para el uso y remedio del cuerpo. Porque contra todo el orden de su sabiduria y providencia, era tener tanto cuidado de lo que era menos, y olvidarse de lo que era mas, y tanto mas. Y pues esta desorden no puede caber en aquella infinita bondad y sabiduria, siguese que à ella pertenecia revelarnos está verdad de que pende su gloria y nuestra felicidad, porque lo uno se aparta de lo otro, pues como dice Eucherio, quiso él que nuestro remedio fuesse tambien su sacrificio.

De todo lo que hasta aqui se ha dicho no se concluye otra cosa, mas de que à la perfeccion de la divina providencia pertenece revelar y enseñar à los hombres el camino de su felicidad y salvacion.

necesidad, sino la amistad de Dios para con los buenos confirma esta susodicha verdad. Para lo qual presuponemos lo que adelante se declara, que en la Iglesia Christiana ha avido innumerables varones sanctissimos, assi Martyres, como Confessores, Monges y Virgines, en cuya comparacion toda la virtud de los otros hombres, aunque sea de muchos grandes Philosophos, era como sombra en comparacion desta. Pues es cierto que assi como no falta Dios à sus criaturas en las cosas necesarias, assi tambien lo es que ama à los buenos; pues él es la misma bondad, y la semejanza es causa de amor. Y si los ama de verdad, halos de ayudar y socorrer en sus necesidades: y la mayor de todas es la salvacion de sus animas, y esta no se puede alcanzar sin conocimiento de Dios, y no lo conocerán de manera que se salven, si él no les dá este conocimiento. Y pues todo esto es verdad, siguese que à los buenos avrá dado Dios este conocimiento. Y pues estos presuponemos que señaladamente han florecido en la Iglesia Christiana mas que en otra parte alguna, siguese que en ella está el verdadero conocimiento de Dios, dado por el mismo Dios. Y para confirmacion desta verdad sirve todo lo que en esta primera parte se trata. De donde se infiere, que en sola la religion Christiana está el conocimiento de la verdadera fé dado por Dios, pues en sola ella ha avido tan gran numero de buenos y amigos de Dios.

## CAPITULO IV.

*De la segunda excellencia de la religion Christiana, que es sentir altamente el obsequio de Dios.*

**L**A primera y mas principal cosa que ha de tener la verdadera religion, es sentir alta y magnificamente la magestad de Dios, atribuyendole todo aquello que pertenece à la omnipotencia y gloria de su divinidad, no quitandole cosa que le pertenezca. Porque

(a) Cicero, de Oratore. (b) Esther. 5. (c) Hebr. 11.

quitarle algo de lo que le pertenece, ò atribuirle algo que no le convenga, es blasphemia: que es un gravissimo pecado; porque no es injuria hecha contra los hombres, sino contra la persona y honra de Dios. Pues quanto à este punto, ninguna cosa se puede atribuir mas à Dios, de lo que la religion Christiana le atribuye. Porque confessa ser él una cosa tan grande, que ninguna se puede pensar mayor. Confessa que es infinito, immenso, incomprehensible, inefable, sin principio, sin fin, sin pender de nadie, sino de sí solo: como quiera que todas las cosas estén como colgadas y pendientes dél. Cá él solo tiene sér por sí mismo, sin dependencia de nadie: mas todas las otras criaturas, assi del cielo como de la tierra lo tienen por él. Y si él no quisiere que sean, no serán.

Confessa tambien nuestra sanctissima religion, que este omnipotente señor con sola su palabra crió de nada esta tan grande machina del mundo, assi las cosas visibles, como las invisibles: y que por su providencia, sin trabajo y sin cansancio la gobierna. Confessa ser infinitamente bueno, sabio, poderoso, misericordioso, amigo y galardoador de los buenos, y justissimo castigador de los malos. Confessa ser él acto puro: significando por este nombre, que ninguna cosa se puede añadir à sus perfecciones, y que para él no ay cosa nueva ni vieja; porque todas las cosas passadas y venideras le son presentes. Y assi como para él no ay cosa nueva, assi tampoco la ay imposible: pues (como dixo el Propheta) (a) todo lo que quiso el señor hizo, assi en el cielo, como en la tierra, y en todos los abysmos. Por lo qual un insigne Theologo decia, que llegando la disputa à tratar del poder de Dios, no queria passar adelante: porque sabia que ninguna cosa avia imposible à su omnipotencia. Lo qual sirve grandemente para creer los mysterios de nuestra fé, aunque sobrepujen toda la facultad de la naturaleza criada; pues (como dixo el

Angel à la Virgen) (b) no ay à Dios cosa imposible.

Confessa otrosi ser él la primera verdad, de donde proceden todas las otras verdades: y la primera causa que influye virtud, y mueve todas las otras causas: y la primera bondad de donde tiene origen todo lo que es bueno: y la primera hermosura de donde procedieron todas las cosas hermosas: y la primera y summa perfection de donde tuvieron principio todas las otras perfecciones de sus criaturas: las quales todas están en solo él por muy mas alta manera, con otras infinitas que son proprias suyas. El es el que hinche los cielos y la tierra: el que está en todo lugar presente, el que está mas dentro de todas las cosas, que ellas dentro de sí mismas, conservandolas en el sér que tienen: él es el que cuenta las estrellas del cielo, y llama à cada una por su nombre, y à quien están presentes todos los corazones y pensamientos de todos los hombres que son, fueron, y serán. Porque (como dice el Ecclesiastico) (c) su vista alcanza del primer siglo hasta el postrero: y en sus ojos ninguna cosa ay nueva ni admirable.

Mas entre todas estas perfecciones (las quales en él todas son iguales, porque todas son una simplicissima y infinita perfection) de la que él mas se precia, y por la qual quiere ser mas conocido y alabado, es la bondad y sanctidad: la qual perpetuamente alaban y glorifican todos los espiritus Soberanos: la qual es el primer principio de todas sus obras: y à la qual pertenece comunicarse à todas sus criaturas, y dár parte de sí à todas, à cada una en su grado, como dice Sant Dionysio. De modo que assi como es proprio del sol alumbrar, y del fuego calentar, y del agua enfriar: assi, y mucho mas, es proprio de aquella incomprehensible bondad hazer bien, y comunicarse à todas las cosas, sin perder él nada de lo que tiene: y de aqui procede la magnificencia de su li-

(a) Psalm. 134. (b) Luc. 1. (c) Eccles. 39.

beralidad. Porque los hombres suelen ser escasos, porque pierden lo que dán: mas aquel infinito abysmo de riquezas, no pierde nada de lo que dá. Por donde assi como la consideracion de su omnipotencia sirve para confirmarnos en la fé, (como diximos) assi la desta bondad para encender nuestra charidad, y esforzar nuestra esperanza.

Todos estas grandezas y perfecciones confessa Sant Augustin hablando con Dios en esta manera (a): Misericordiosissimo y justissimo: secretissimo y presentissimo: hermosissimo y fortissimo: estable y incomprehensible: immovable, y que muda todas las cosas: nunca nuevo, y nunca viejo: siempre obrando, y siempre quieto: recoges, y no tienes necesidad: buscas todas las cosas, sin que te falte nada: amas, y no te congoxas: tienes zelos, y estás seguro: tienes pesar, y no tienes dolor: estás ayrado, y con esso estás quieto: mudas las obras, y no mudas el consejo: recibes lo que hallas, y no pierdes nada: nunca pobre, y huelgas con la ganancia: nunca avaro, y pides usuras: dante algo para que tú debas: y quién Señor tiene cosa que no sea tuya? Pagas lo que debes, y à nadie debes: y perdonas las deudas, sin por esso perder nada. Y el mismo Sancto en otra meditacion dice assi (b): Confesso Señor que vos sois Rey y universal señor de cielos y tierra. Vos sois perfecto sin deformidad, grande sin cantidad, bueno sin qualidad, eterno sin tiempo, fuerte sin flaqueza, y verdadero sin falsedad. Vos estais en todo lugar presente, sin ocupar lugar: y estais dentro de todas las cosas, sin estar fixo en alguna dellas. Criastes todas las cosas sin necesidad, y todas las regís sin trabajo. De todas sois principio, sin tener vos principio, y todas las mudais sin ser vos mudado. Sois infinito en la grandeza, omnipotente en la virtud, altissimo en la bondad, secretissimo en los

pensamientos, verdadero en las palabras, sancto en las obras, copioso en las misericordias, pacientissimo con los peccadores, y clementissimo con los penitentes. Siempre sois el mismo sin alguna mudanza, eterno, immortal, incommutable, à quien ni los espacios dilatan, ni la brevedad dellos estrecha: à quien ni la voluntad muda, ni la necesidad corrompe, ni la tristeza turba, ni el alegría altera: à quien ni el olvido quita, ni la memoria dá, ni las cosas passadas pasan, ni las venideras suceden: à quien ni el origen dió principio, ni la succession de los tiempos crecimiento, ni el termino dará fin. Y assi vivís antes de los siglos, y en los siglos, y despues de los siglos, con perpetua alabanza, eterna gloria, y reyno sin fin. Hasta aqui son palabras de Sant Augustin aprendidas en la escuela de la Iglesia Christiana: en las quales se vee quan magnificamente siente ella de las grandezas de Dios.

No assi los philosophos, no assi: de los quales unos le quitaron la providencia de las cosas humanas (c), otros la libertad, pareciendoles que era agente natural y que no podia dexar de hazer lo que hazía: otros el ser principio y hazedor de las cosas corporales: otros no querian que fuese uno solo, sino muchos dioses. Y quitada la providencia quitaban el galardón de los buenos, y el castigo de los malos: y esta quitada tambien quitaban la religion y el culto de Dios: y negado esto, era luego pervertida toda la orden y concierto de la vida humana. La qual confessó Tullio (aunque Gentil) por estas palabras (d): Quitada la religion y reverencia de los dioses, juntamente se quita con ella la fé, y la compañía del genero humano, y una excellentissima virtud que es la justicial. La razon desto dá en el tercero libro de los officios, diciendo: Quántos hombres se hallarán, que no recelando castigo de Dios, dexen de hazer à otro injuria, quan-

(a) August. in Medit. cap. 29. tom. 9. (b) Cap. 12. (c) Contra quos August. in Psalm. 31. enarr. 2. prop. 11. tom. 8. li. libr. 6. de Civit. Dei. (d) Cic. lib. 1. de Nat. Deor.



quando entendieren que la pueden hazer à su salvo? Concluyendo pues esta parte digo, que quanto toca al reconocimiento y estima que se debe à aquella immensa magestad, no es posible tenerse mayor de lo que la Religion Christiana professa y tiene.

## CAPITULO V.

*De la tercera excellencia de la Religion Christiana, que es la rectitud y sanctidad de las leyes, y de la doctrina que professa.*

**L**A tercera cosa que ha de tener la perfecta religion, es la rectitud y sanctidad de las leyes y doctrina que professa, sin consentir cosa contraria à la lumbré de la razon. Esto guarda la religion Christiana con tanta perfection, que no es posible imaginarse otra mayor. Porque primeramente no admite cosa contraria, ni à la lumbré de la razon, (como diximos) ni à la gloria de Dios, ni al bien del proximo. En la ley antigua, como no avia tanta abundancia de gracia, permitia la ley algunas larguezas. Porque primeramente dispensaba con ellos tener muchas mugeres. Y permitiales dár libello de repudio à la que les descontentasse: porque por la mala voluntad ó descontentamiento que della tuviessen no le procurassen la muerte. Permittiales tambien dár su dinero à logro à los estraños: mas la religion Christiana nada desto consiente, ni otra cosa alguna que sea contra la lumbré y ley natural, que Dios imprimió en nuestros entendimientos (a).

Mandanos amar à Dios sobre todo lo que se puede amar, y aborrecer al peccado y offensa de su magestad, sobre todo lo que se puede aborrecer. Al proximo manda amar como à sí mismo; y no querer para él lo que no quiere para sí: gozarse de sus bienes, pesarle de sus males, y socorrerle en sus necessidades, como él querria ser socorrido. Defiende todo genero de agravio, todo hur-

(a) Palm. 4. (b) August. de Civit. Dei, lib. 19. cap. 5. (c) 1. Cor. 7. (d) Matth. 19. (e) Matth. 19.

to, toda mentira, todo engaño, toda falsedad, y toda deshonestidad; y toda injuria, y todo genero de peccado cometido no solo por obra, sino tambien por pensamiento. De modo que àta las manos para no hazer mal à nadie, y enfrena el corazon para no deseirlo: rige la lengua para no hablar palabra en perjuicio de nadie, y cierra los ojos para no cobdiciar cosa de nadie.

Demás de las leyes y mandamientos que caen debaxo de precepto, y obligan à todos, y bastan para la salvacion de las animas, enseña tambien esta sanctissima religion consejos admirables para los que quieren examinar à la perfection, y merecer en el cielo corona de mayor gloria.

**I.** Entre los quales el primero es de perpetua castidad: que es una celestial virtud, y propria de los moradores del cielo: por cuyo medio ahorra el hombre infinitas maneras de molestias y cuidados, y congexas, y desassossiegos que están annexos al estado del matrimonio, y son impedimento de la perfection. De modo que el hombre casto no tiene mas que un solo cuidado, que es la carga de sí mismo: mas siendo casado, tiene sobre sí todas las cargas de muger, hijos, y hijas: cuyas enfermedades, necessidades, muertes y desastres no sienten menos que los suyos propios. Lo qual en pocas palabras alegadas por Sant Augustin (b), declaró aquel Concilio, diciendo: Caséme; y tomé muger: qué genero de miserias no experimenté en este estado? Nascieron hijos: veis aqui otro nuevo cuidado. Pucc de todas estas molestias y cargas, que llaman del matrimonio, está libre el que vive fuera dél: y assi está mas habil y desembarazado para entregarse todo à Dios, y al estudio de la sabideria, y al exercicio de la oracion y consideracion de las cosas divinas, como dice el Apostol (c).

**II.** El segundo consejo no menos saludable es, el que el Salvador dió à un virtuoso mancebo, diciendo (d): Si

quieres ser perfecto, vé y vende toda tu hazienda y repartela con los pobres, y tendrás un thesoro guardado en el cielo. Este consejo liberta tanto al hombre de todos los cuidados, y negocios, y pleytos que comunmente son necesarios para administrar la hazienda: (que es para conservarla, acrecentarla, defenderla) que los primeros fieles de Hierusalém (a); y tambien los que moraban fuera de la ciudad de Alexandria, párdel lago llamado Marian (segun refiere Philón nobilissimo historiado) la primera cosa que hazian, era desposseerse de todas sus haziendas, y con ellas de todos los cuidados que consigo traen, para emplearlos todos libremente en el estudio de la divina contemplacion, y de las sanctas Escrituras.

**III.** El tercer consejo es, hazer bien à los que nos hazen mal, y rogar à Dios por los que nos persiguen y calumnian, para que desta manera seamos hijos de nuestro Padre Celestial (b), el qual haze salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y peccadores. En esta virtud quiere Dios que le imitemos: porque es propria condicion suya usar de misericordia con los peccadores, no solo comunicandolos estos comunes beneficios de naturaleza, sino tambien sufriendolos con paciencia, y esperandolos à penitencia, y provocandolos à ella, yá con beneficios, yá con azotes, y de otras muchas maneras. Pues en esta grandeza de animo quiere este señor que le imitemos, y que provocados con injurias no nos indignemos, y diciendo mal de nosotros, ni demos maldiciones por maldiciones, ni deseemos venganza de quien nos maldice. Antes quiere que tengamos una gloriosa contencion y porfia con nuestros contrarios; que quanto ellos mas perseveraren en hazernos agravios, tanto nosotros porfiemos en hazerles beneficios: porque no seamos vencidos con el mal ageno, sino quedemos vencedores con el beneficio proprio, que es

Tom. IV.

(a) Act. 2. (b) Matth. 5. (c) Rom. 12. (d) Matth. 5. (e) Matth. 18. (f) Matth. 25.

muy gloriosa victoria; porque desta manera juntamos brasas sobre la cabeza de los enemigos (e), para hazerlos amigos.

**IV.** Seméjante consejo al pasado es no traer pleytos, sino antes dexar la capa à quien nos pidiere el sayo, por escusar con esta liberalidad todos los odios, y passiones, y cuidados, y desassossiegos que traen consigo los pleytos.

**V.** Y con esto concuerda otra mayor liberalidad y grandeza de corazon, que es perdonar las injurias: de modo que si setenta vezes errare el proximo contra mí (d), tantas me halle manso y blando para le perdonar.

**De la limosna y misericordia.**

**VI.** Otro consejo es el de la limosna y misericordia, no solo en los casos que son de precepto, sino tambien fuera dellos. Lo qual es tan proprio de la vida Christiana, que quasi toda la doctrina que nos dió aquel maestró que vino del cielo, se endereza à los officios de la benignidad y misericordia. Y apenas ay virtud que mas vezes nos encomiende, ni vicio que mas agramente reprehenda, que la inhumanidad y crueldad. Lo qual es en tanto grado verdad, que declarando las causas por las quales en aquel temeroso dia del juicio ha de dár senténcia final en favor de los buenos, y castigo de los malos, no señala otras causas; sino las obras de misericordia de los buenos (e), y la inhumanidad y falta dellas en los malos; añadiendo à esta senténcia, que lo que se hizo à cada uno de los pobres, se hizo à él: y lo que no se hizo con ellos, se dexó de hazer à él. Esto dice él assi, no porque no se deba galarardon à las otras obras virtuosas y castigo à las viciosas, sino para dár à entender quanto aborrece el peccado de la inhumanidad, y quanto ama la vir-

Dd tud

tud de la misericordia, que es tan propia suya; pues ella es la que vá delante de todas sus obras; porque es cosa muy propia de Dios apiadarse de los miserables (a); socorrer los afligidos; usar de misericordia con los maltratados; ayudar à muchos; y generalmente procurar el bien de todos. Y apenas ay medicina más eficaz para curar las enfermedades del anima; ni medio mas proporcionado para alcanzar la misericordia de Dios; pues él tiene dicho (b). Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia. Y por el contrario dice Santiago (c), que se hará juicio sin misericordia al que no tuviere usado della. Por lo qual los amadores de la perfeccion de la vida Christiana, todo su estudio ponen en esta obra, y todo lo que tienen emplean en ella. Los Christianos de la vida comun no se alargan mucho en esta virtud: contentanse con dár de lo que les sobra; ó quando dán à sus deudos ó amigos, ó à aquellos de quien esperan retorno del bien que hacen. Mas los amadores de la perfeccion, de lo necesario para sí parten con los pobres, y à aquellos dán de mejor voluntad de quien (por su gran pobreza y desamparo) ninguna cosa pueden esperar. Finalmente algunos sanctos ha avido, que leyendo en las Escrituras las excellencias desta virtud; vinieron à estimarla; y à amarla tanto (d); que quando no tuvieron que dár quisieron vender à sí mismos, para socorrer à los necesitados con el precio de su libertad. Pues quán expellente es la religion que dá un consejo tan piadoso, tan provechoso, y tan necesario para la vida humana, y para el remedio de las continuas miserias della?

(a) Psalm. 144. (b) Matth. 5. (c) Jacobi 2. (d) S. Paulinus Nolanus. S. P. Dominicus. (e) Ephes. 6. Colos. 4. 1. Thess. 5. (f) Luc. 18. (g) Idem vi. (h) Idem 18.

y los medios que para ella eran necesarios, por sus fuerzas naturales (como dixeron despues dellos los hereges Pelagianos) (a) no tenían porque levantar los ojos al cielo, y pedir el favor y socorro de la divina gracia. Mas el Christiano, conociendo por la fé la flaqueza y dolencia de la naturaleza humana por aquel comun peccado, y viendo que por esto quedó tan inclinada al mal, y tan inhábil para el bien, que no puede por sí tener un pensamiento que agrade à Dios, todo su estudio pone en dár continuas voces à su criador, para que cure las dolencias y pasiones de su anima, y le dé nuevo espíritu y favor para guardar sus sanctos mandamientos, diciendo con el Propheta (b): Levanté mis ojos à los montes de donde me ha de venir el socorro. Mi socorro es de Dios, que hizo el cielo y la tierra. Y en otro lugar (c): Mis ojos (dice él) tengo siempre puestos en el Señor; porque él librárá mis pies de los lazos.

Este fue el principal exercicio de aquellos primeros fieles que creyeron en Hierusalém: de quien escribe Sant Lucas (d), que cada dia perseveraban en oracion en el templo. Este mismo exemplo siguieron los que despues le sucedieron, como lo escribió aun Plinio segundo al Emperador Trajano, diciendo que no hallaba otra culpa en los Christianos, sino juntarse muy de mañana à alabar à Christo, à quien tenian por Dios. Este finalmente ha sido hasta oy el exercicio muy frequentado de todos los amadores de la perfeccion: al qual los nuevos dos causas entre otras muchas: la una porque no hallan otro mejor medio para huir de sí que llegarse à Dios; porque en quanto están en él, no están en sí; pues dice el Apostol (e) que el que se llega à Dios, se haze un espíritu con él; y lo otro, por estar pidiendo muy continuamente socorro à Dios, para que puedan obrar con el favor de su gracia,

Tom. IV.

DD2 man-

(a) Contra quos Aug. de Hæres. ad Quodvultdeum, hæres. 88, tom. 6. (b) Psalm. 120. (c) Psalm. 24. (d) Act. 2. (e) 1. Cor. 6. (f) Aug. in Mediis. cap. 35. in princ. (g) Cap. 37. prop. fin. (h) 1. Petr. 2. (i) Psalm. 118.